



Alexandra
Roma



AURA
TIRA LOS
TACONES
Y ECHA A
VOLAR



SERIE AURA 2

Alexandra Roma

Aura tira los tacones y echa a volar

Serie Aura, 2



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alexandra Manzanares Pérez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.524-2024

ISBN: 978-84-08-28758-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

El reencuentro

Llegué a Londres. Esa vez no hice ninguna ceremonia cuando el avión aterrizó y nos informaron por los altavoces de que podíamos bajar. No. No me transformé en Neil Armstrong y pisé el suelo de la ciudad con solemnidad como si estuviese llegando a la Luna ni comencé a dar saltitos de ardilla emocionada al ser consciente de que estaba en otro país por segunda vez en mi vida. No era necesario. Habría estado igual de feliz si el destino hubiera sido una aldea de la Galicia profunda en la que solo hubiese un par de vacas pastando y un señor agitando una vara. Y es que el lugar era indiferente. Lo importante era él. Mi reencuentro con Víctor.

Recogí la mochila, me la colgué al hombro y desplegué todas mis habilidades, recientemente adquiridas en la jungla de Madrid, para sortear al resto de los pasajeros por los interminables pasillos casi corriendo para poder llegar cuanto antes a su lado y, atrapándolo, exprimir todos los segundos que nos quedaban por delante para impedir que el escurridizo tiempo se me escapara entre los dedos sin poder evitarlo.

Aceleré al pensar que, en unos instantes, ese rostro, que había rememorado hasta la saciedad dibujándolo en la cabeza con todo lujo de detalles, estaría frente a mí. Adelantaba a las personas sin consideración ni educación alguna. (Exactamente de la misma manera que en mi primera experiencia en la capital, en Atocha, lo habían hecho lo que intuía que eran ejecutivos al borde de un ataque de nervios, a los cuales yo había criticado hasta quedarme sin saliva.) Pero estaba justificado y lo debían comprender. Tenía prisa y es que... ¡el amor de mi vida se encontraba al otro lado!

Y aunque no habían sido colas como las del control que tenía delante, ya había esperado más que suficiente. Mayo, junio, julio y agosto. Cuatro meses en los que me aferraba con uñas y dientes a esas conversaciones por videollamada que me daban la vida para luego quitármela, cuando, después de unas horas, llegábamos a la conclusión de que debíamos colgar, aunque lo que nos apetecía hacer era bastante diferente. Si fuera por ganas, mi móvil habría explotado sobrecalentado antes que dejar de hablar con el cantautor. Porque tener encendida esa pequeña pantalla que me mantenía unida a él mientras dormía me parecía excesivo, ¿o no? Tal vez hubiese resultado curioso hacerlo y despertarme en mitad de la noche por un ronquido seco al otro lado o ir al servicio en modo zombi y a la vuelta verle dormir como un angelito durante un buen rato antes de conciliar el sueño de nuevo. Sea como sea, el caso es que no lo habíamos hecho, aunque poco nos había faltado, como cuando un día nos dimos cuenta de que habíamos comenzado charlando un miércoles a mitad de la tarde y nos habíamos despedido en el amanecer del jueves.

Por lo menos el verano me había permitido desconectar un poco. No era un alma en pena que vagaba por los rincones de mi casa llorando desconsolada en cada esquina

para regar los geranios de Amparo con mis lágrimas. No. Mucho menos desde que compré los billetes de avión, gracias a los cuales estaba en esos momentos allí para visitarle durante una semana que no pensaba desaprovechar. No sabía cómo ni cuándo, pero no me iba a marchar de Londres sin vomitarle todo lo que llevaba dentro, esos sentimientos que yo sola ya no podía ni gestionar, ni controlar ni soportar.

Los primeros días después de su partida cogí un cuaderno que tenía por ahí tirado y, como si fuera una escritora que crea la base sobre la que girará su próxima novela, comencé a planear cómo haría mi declaración, con las palabras exactas y el beso que pensaba plantarle en los labios. Porque si algo tenía claro era que no me largaría de allí sin probar su sabor, ya me rechazara o me dijese que él sentía exactamente lo mismo. O mejor, que me quería más. Esas imaginaciones tampoco eran ninguna locura; al fin y al cabo, todavía retumbaba en mi cabeza la frase que me dijo en Barajas y que grabé a fuego en mi memoria: «Amarte más es imposible, Aura».

Una vez que lo tuve todo absolutamente planificado como si fuera un sargento del Ejército que tuviera que informar de la táctica de un operativo a vida o muerte en el Líbano a los militares que tenía a su cargo, con la inocente y sugerente caída de pestañas que sería el pistoletazo de salida para aproximar mi rostro al suyo, arranqué las páginas, hice con ellas una enorme pelota y practiqué mis habilidades para el baloncesto encestando en la papelera desde la cama. No quería llevar ninguna estrategia, sino ser natural, tal como siempre me había funcionado con él.

De esta manera, pasé los calurosos meses de verano yendo de la piscina al frontón para comer pipas, y de este, con los labios enrojecidos de la sal, a las fiestas de los pueblos de alrededor, y vuelta a empezar. Todo en un bucle

que no parecía tener fin, excepto los días en que las nubes, tan simpáticas ellas, nos saludaban con un manto de lluvia que nos obligaba a ver películas hasta que nos dolían los ojos o la cabeza de lo malas que eran.

Estar con mis amigos de toda la vida me vino bien. Con mi madre no tanto. Parece que el discurso manido y ensayado de que dejaba el grado de Administración y Dirección de Empresas para perseguir mi sueño de convertirme en periodista no era tan eficaz como creía mientras se lo recitaba a Vilma y Sara, que a veces me aplaudían y otras brindaban con su tinto de verano en mi honor. «Eres una valiente», eran sus palabras. «Eres una inconsciente y te arrepentirás el resto de tu vida de esta decisión», eran las de Amparo. Mi padre, entre la espada y la pared, y con las afiladas uñas de mi madre presionando en la yugular, se limitaba a esconderse en el primer sitio que pillaba cuando oía nuestros gritos.

Sin embargo, mi hermano fue la persona que finalmente puso término a la tortura de tener que escuchar cada día la misma charla, con idéntica cadencia de voz y mirada de chantajista emocional experimentada de «Me has decepcionado, perra del infierno», aunque, por supuesto, no fue para nada su intención. Su hazaña consistió en bromear insinuando que, en los tiempos que corren, servía más liar-se con un futbolista que tener un título para poder ser reportera televisiva. Y, con malicia, añadió que, si quería, me presentaba a uno de sus compañeros. Para picarme, dijo el nombre de uno que era más feo que robarle un caramelo a un niño de dos años en un parque, pero como mi madre no lo conocía y a veces presentaba una mentalidad un poco anticuada —más o menos de cuando la gente en lugar de abanicarse por el calor lo hacía para evitar el mal olor que exhalaban las personas por debajo de los vestidos porque no se lavaban sus partes íntimas—, le pareció una excelente idea y se quedó algo más tranquila. A veces me

llegaba a plantear que Amparo se había quedado en la época medieval y evitaba tener orgasmos durante la menstruación para no engendrar niños pelirrojos.

Pero, bueno, no hay mal que por bien no venga. Sí, mi madre prefería venderme como ganado a cualquier deportista con más seso en la punta del pene que en el cerebro en lugar de confiar en que podría conseguir trabajo por mí misma con esfuerzo y constancia. No obstante, eso me libró de que me montase un numerito o me prohibiese ir a visitar a Londres a mi amiga Clara, esa desconocida estudiante rubia de Psicología que me había inventado para evitar que me tildase de fresca y me llevase a hablar con el cura del pueblo por mi desfachatez o, lo que es peor, que con mis casi veinte años propusiese que mantuviésemos nuestra primera conversación sobre el sexo. Quitaa, quita. ¿Ella, a la que le daba vergüenza hasta decir pene en voz alta y seguía llamando a sus partes íntimas «chochito»? En ese caso, solo habría tenido dos opciones: o mearme de la risa o extirparme los tímpanos si en un arranque de modernidad me hubiera relatado los detalles de su vida sexual con mi señor padre —que haberla, hayla, como las meigas, porque si no, yo no estaría aquí, pero no era necesario conocer ni un dato extra.

Ya tenía localizada a una amiga con la que haría los montajes de las fotografías de Londres, eliminando todo rastro de Víctor, para enseñárselas a mi madre cuando regresase a mi pueblo de Cuenca. Realidad virtual. Aunque en esos momentos no me importaba. A decir verdad, nada me preocupaba. Acababa de ver las puertas correderas del aeropuerto.

Fueron rápidas. Se abrieron nada más detectar mi presencia. Y menos mal que lo hicieron, porque iba corriendo más rápido que la velocidad de la luz. Bueno, eso es una exageración, pero así era yo. Anduve muy veloz. Eso sí que es cierto.

Lo distinguí sin proponérmelo nada más salir. Víctor tenía una rodilla flexionada y se apoyaba con rebeldía contra una columna. El resto del mundo desapareció de mi visión; solo quedó él, con sus pantalones caídos y su camiseta ancha, blanca y de cuello redondo, que me permitía ver sus brazos tatuados, y observé que se pasaba la mano con nerviosismo por su maraña de pelo caoba descontrolada. Levantó la vista como si me presintiera. De nuevo, el gris se enfrentó a ese marrón con tonos verdosos. En un gesto involuntario, las comisuras de los labios se le elevaron y formaron una sonrisa sincera. No necesité nada más para reafirmarme en algo que sabía a ciencia cierta: estaba perdidamente enamorada del cantautor.

«Calma, calma», me dije al notar que el pulso se me aceleraba, mis piernas se volvían de gelatina y las mariposas arañaban con fuerza mi estómago para escapar y poder revolotear en el suyo.

Me obligué a tranquilizarme, sí, y de inmediato mandé a la mierda esa orden. No le dejé tiempo para que reaccionase. Tiré la mochila al suelo y, ante la atenta mirada de los ingleses —y la desaprobación de algunos de ellos, que dijeron algo así como *fucking Spaniard*—, me lancé a la carrera más importante de mi vida.

Frené en seco al llegar a su lado, coloqué los brazos en jarras y pregunté:

—¿Dónde está mi pancarta de bienvenida?

—No te lo vas a creer, pero de camino a aquí, un taxista que buscaba a alguien que se llamaba exactamente como tú me la ha robado... —comenzó a bromear.

No le dejé terminar. No pude resistirme a tenerlo tan cerca y no rozarlo, sentirlo, notar —como ocurrió enseguida— que nuestros latidos se acompasaban, demostrando mejor que el científico más prestigioso del mundo que la distancia había separado nuestros cuerpos, pero no nuestros corazones. Lo abracé, enlazando mis dedos en

su nuca y apoyando la cabeza en el hueco de su hombro con tanta intensidad que su espalda golpeó la columna que tenía detrás, mientras sus brazos me estrechaban con ansiedad. El impacto resonó, pero si le dolió, no lo demostró. Tal vez, como me pasaba a mí, en esos instantes las sensaciones producidas por nuestro contacto eran superiores a cualquier otra, que quedaba reducida a un discreto segundo plano.

—¿Sabes que te está viendo el culo media Inglaterra, exhibicionista? —bromeó.

Yo llevaba puesta una camiseta de tirantes blanca y unos vaqueros claros cortos —excesivamente cortos, si soy sincera— para provocar a sus hormonas masculinas, ni más ni menos. Tantos años de feminismo, tirados a la basura por una prenda que ni siquiera necesitaba. Víctor me querría igual hasta tapada con una batamanta, pero me tentaba la idea de que me desease, y eso lo conseguiría con más facilidad si veía mis piernas bronceadas que si me ponía una falda de Amparo por debajo de la rodilla.

—¿Me has echado de menos? —pregunté rozando con mis labios la piel de su cuello, que se erizó de inmediato.

—Desde que me di la vuelta en Barajas y dejé de verte. Antes, incluso —susurró, y tuve que contenerme para no ponerme de puntillas en ese preciso instante y darle el beso que nunca me cansaba de soñar. Despierta y dormida.

El tiempo dejó de tener sentido en nuestro universo, justo igual que la convención que marcaba los segundos que debían durar los abrazos en los reencuentros. Yo no quería separarme. Nunca. La eternidad apoyada en su pecho hasta que me consumiera. Pero también ardía en deseos de ver esa cara que me volvía loca hasta extremos desconocidos que me aterrorizaban. Querer tanto a alguien no estaba bien. No era normal. Era irracional. Una locura.

¿No era de eso de lo que se trataba cuando uno se enamoraba? ¿Encontrar a alguien que te hiciese perder la cordura? Como me había leído Sara hacía unos días, «Si el amor no es intenso, épico, bueno, real y tan loco como para aferrarse con uñas y dientes a tu corazón, es mejor dejarlo ir. Ya hay demasiadas cosas mediocres en esta vida como para que el amor sea también una de ellas». Víctor era esa persona que daba sentido a la frase que afirma que enamorarse es elegir una opción y rechazar veinte y, aun así, sentir que sales ganando.

Me aparté lo justo y necesario para volver a encontrarme con su mirada, esa que me había conquistado desde que la había observado hacía más o menos un año, cuando él estaba subido encima de un escenario con su guitarra y yo me balanceaba como una sardina desde abajo. Era tan irresistible que lo que me extrañaba no era que cada centímetro de mi piel y de mi alma lo amara sin control, sino que no lo hiciese toda la población a lo largo y ancho de la Tierra.

—Te has cambiado el pelo. —Su mano ascendió por mi espalda, acariciándome toda la piel durante el trayecto, hasta enredar sus dedos en mi cabello con nuevas mechas color canela.

—¿Te gusta?

—Claro. Eres tú. Y nada de lo que te hagas puede cambiar eso...

—¿Quieres decir que no te importaría que me rapase la cabeza o me tiñese de verde moco?

—No. —No dudó en la respuesta. Me miró divertido y se mordió el labio—. Pero si alguna vez decides quedarte calva en vez de raparte al cero, déjame elegir alguna frase graciosa para la nuca...

—¿No te solidarizarías conmigo? —fingí indignarme.

—¿Y perder mi melena Pantene? Tú no querías eso. Aura, soy como Sansón, mi fuerza reside en el pelo...

—¿Te das cuenta? Ahora conozco tu punto débil. No me mosquees o el día menos pensado entro en tu habitación como una loca maquinilla en mano.

—No solo ese pelo me da poder...

—¿Tienes más en algún sitio que no sepa? —Y conforme se lo preguntaba, al ver su sonrisa ladeada, me arrepentí de hacerlo.

—Sí, un poquito más abajo. Y ese es el importante. El que me hace inmune al dolor y tal...

—No te lo crees ni tú.

—¿No?

—No. Y no me hagas demostrártelo. Un rodillazo certero y te demuestro que, en tu entrepierna, más que un dragón que te hace todopoderoso, tienes el punto débil.

—No te atreverías. Me dejarías estéril y, en el fondo, estás deseando que siente la cabeza y traiga al mundo un par de pequeños que te lleven por el camino de la amargura...

«Sí —pensé—, pero en un futuro conmigo.»

—Tú pórtate bien y nunca tendrás que comprobar esa malicia oculta que tengo dentro.

—No tengo intención de hacer otra cosa... —dijo. Lo miré fijamente, con intensidad, y él me imitó. Estaba navegando dentro, en mi interior, igual que yo en el suyo. Por un breve lapso de tiempo, tuve la esperanza de que no hicieran falta palabras, de que mi declaración se quedase en una absurda idea y de que él se lanzase a besarme con el mismo anhelo que me azotaba a mí. Pero, en el último instante, Víctor regresó a la realidad y tuvo que adornar su frase con una broma que, en esos momentos, me hizo la misma gracia que cuando un chico de mi pueblo me disparó al ojete con una pistola de esas de bolitas. A él le crucé la cara de un manotazo que dejó mi marca en su mejilla durante una semana; con el cantautor me limité a fingir una sonrisa.

—Y haces bien. —Me separé y busqué mi mochila. Pensaba que estaría en el suelo, entre los demás pasajeros que se reencontraban con sus familias o amigos, pero, por lo visto, solo quedábamos Víctor y yo—. Anda, vamos a por ella antes de que crean que es una bomba y los policías analicen mis braguitas de Bob Esponja por si hay material inflamable o restos de explosivos.

Víctor se adelantó y, como el caballero de armadura y blanco corcel que no era, ya que le pegaba más el rol de roquero desfasado o rebelde sin causa que ese, se la colgó de un asa al hombro. Pensaba que andaríamos sin más hasta la salida, pero él tenía la misma necesidad de contacto que yo: su mano derecha me cogió de la cintura y trenzó sus dedos con los míos.

—¿Y esto? —pregunté en lugar de ponerme a saltar de la emoción.

—Como siempre. —Se encogió de hombros—. Nada ha cambiado, ¿no?

—No. Todo sigue igual —suspiré.

«Igual de enamorados que siempre —pensé—, salvo que esta vez vamos a dar un paso más y no voy a dejar que te escudes en lo de siempre de que lo nuestro es imposible porque no podemos estropear nuestra amistad. Porque no se va a estropear —continué mi discurso interno—, porque nuestra historia es de verdad, de esas que no se rompen y que terminan con nosotros dos riéndonos de las arrugas del otro mientras las besamos.»

—¿Qué quieres ver?

—¿En Londres?

—En Jamaica, si te parece. Mañana podemos coger un vuelo. He leído que son baratos...

—Idiota... —Le di un golpe en el costado con el hombro—. Pues yo qué sé. El Big Ben, el Parlamento, la torre esa tan chula, el puente, el palacio de Buckingham... Me gustaría hacerme una fotografía tocando las narices a esos

pobres guardias que no pueden moverse y que así me odien en su fuero interno con ganas. —Salimos al exterior y me percaté de que el verano no era igual en Inglaterra que en España. Unos grados por debajo, en realidad. La piel se me puso de gallina y tuve la tentación de soltar su mano para darme calor. Por supuesto, no lo hice. Antes moriría de congelación instantánea que negarme el placer de caminar con Víctor de la mano—. Ah, y quiero ir a la estación de King's Cross y hacer una fotografía fingiendo que voy a entrar en Hogwarts...

—Renegaré de ti y juraré que no te conozco, friki...

—No digas cosas que no puedes cumplir. Es más, te pondrás conmigo simulando que vamos a entrar los dos en el andén nueve y tres cuartos...

—¿Quieres destruir mi poca fama como artista debutante? La gente hablará, y adiós, carrera discográfica.

—Sería nuestra primera fotografía juntos...

—¿Y no te vale una en el Támesis como las... —«¡Dilo! ¡Dilo! ¡Dilo!», exclamé en mi interior, con el confeti preparado para tirarlo si lo pronunciaba. «Lo tienes en la punta de la lengua. Ya te ayudo. ¡Como las parejas!»— personas normales?

¡Claro que me valía! Quería imágenes en todos los rincones de Londres que fuesen testigos del inicio de nuestra relación. Sin embargo, me puse cabezota porque de vez en cuando me gusta ser un poco mosca cojonera.

—Tiene que ser esa.

—Está bien —accedió. Se mordió el labio pensativo—. ¿Por qué tienes ese poder sobre mí, Aura?

—Porque me quieres al cien por cien —recordé, y al instante me arrepentí. Sonaba un poco vanidoso. Víctor se debió de dar cuenta, se encogió de hombros y dijo:

—No tienes nada de qué avergonzarte. Es verdad.

—¿Todavía? ¿Después de tanto tiempo sin vernos? —aproveché para decir al ver que se abría.

—Bueno, ahora es diferente, te quiero más. Es lo que tiene haberte echado tanto de menos que me dolía...

«¡Y yo! ¡Y yo! ¡Y yo!»

—Víctor, creo que hay algo que tengo que decirte...

—dije con la voz queda, tan bajito que no me oyó.

—Mira. —Me soltó la mano y señaló un pequeño coche blanco al que odié por conseguir que ese instante se perdiese en el tiempo para siempre—. Al final te he hecho caso y he cambiado la moto por un vehículo como un *gentleman*.

—¿Lo has hecho por mí?

—Quedaría bien si dijera que sí, ¿verdad?

—Sonaría como que eres mi esclavo y te flagelo por las noches para que me traigas unos cereales de chocolate a la cama...

—Entonces puedo ser sincero. Mi moto sigue estando en España; aquí no me he comprado ninguna porque todavía no le he cogido el tranquillo a eso de que conduzcan por el otro lado...

—Eso es algo que definitivamente no tienes que decirselo a alguien que va a subirse contigo a continuación...

Guardó mi mochila en el maletero, aunque bien podría haberlo hecho en el asiento trasero. Me subí de copiloto y él se colocó en el asiento del conductor.

—¿Estás muy cansada?

—No.

—¿Te importaría que te llevase a un sitio antes que a casa?

—Depende...

—Quiero enseñarte el estudio de grabación. Debería ser el lugar más importante para mí de Londres, pero desde que estuve allí el primer día, supe que no lo sería del todo hasta que tú lo pisaras. —Se pasó las manos por el pelo, nervioso, como alguien que no está acostumbrado a decir ese tipo de frases, al que le cuesta sangre, sudor y lágrimas abrir su interior.

—Vamos, pero solo porque esa frase ñoña ha sido muy bonita. —Sonreí.

Y es que me daba igual ir a un bar cutre, a un bufé libre, a su casa, a visitar monumentos, a sentarnos en un parque o a las mismísimas estrellas. Estaba con Víctor y el escenario solo era algo que nos acompañaba. Para mí, la vida, además de medirse en sonrisas, también se calibra con las miradas. Hay una para cada instante: de alegría, pena, amor, desamor..., y ese día, aunque no me podía ver, supe que estaba mostrando por primera vez la de pasear por las nubes en un estado de felicidad suprema. Y me volví adicta. Como con todo lo que tenía que ver con él.